

**desde el
diván**

¿Te aburre el sexo?*

Adam Phillips

Hay un momento pavoroso, quizá freudiano, en la novela *Algunos no lo hacen* de Ford Madox Ford, en el cual, en medio de una conversación, algo se le ocurre a Tietjens, el héroe: “De pronto pensó que no estaba del todo seguro de ser el padre de su hijo, y gimió”. Tietjens, continúa Ford, “demostró su reputación de ser cuerdo” continuando la conversación que aparentemente estaba teniendo sin referirse a su pensamiento desalentador. La cordura, para este inglés, se trata de aparentar impavidez ante los pensamientos más perturbadores: es exacta y precisamente acerca de lo que es capaz de no decir. Apegarse al tema, continuar la conversación es el tipo de cordura por el que uno puede tener una reputación. “Pero le jugó una mala pasada,” escribe Ford. “No había sido capaz de archivar y encerrar sus desagradables reflexiones. Era prácticamente como si hubiera estado hablando consigo mismo.”

Este es, tal vez, un momento freudiano, no porque Ford fuera en algún sentido freudiano, sino porque Freud nos dio un lenguaje para redescubrir estos instantes de pensamiento extraviado, estos momentos de tiempo desquiciado en que somos incapaces de archivar y encerrar nuestras reflexiones más desagradables: instantes en los que, según la extraordinaria frase de Ford, estamos prácticamente hablando con nosotros mismos porque, por alguna razón, nosotros no podemos comunicar estos pensamientos a los demás. Y también porque, como insinuaba Ford, el “nosotros” es ambiguo: en este tipo de momentos estoy siendo interpelado, pero ¿por quién? Estoy hablando conmigo mismo, pero, ¿quién exactamente está hablando?, ese extraño hablar silencioso que llamamos pensar; y, para complicar las cosas,

* Publicado en *London Review of Books*, vol. 25, núm. 5, 6 de marzo de 2003.

¿quién es el oyente cuando nos hablamos a nosotros mismos? De nuevo, es la paternidad la que está en juego. Tietjens puede no ser el padre de su hijo, pero ¿es el padre de sus propios pensamientos? Algo que te pertenece, algo tan íntimo como tus propios pensamientos, podría ser ilegítimo: podría provenir de alguien o algún otro lugar. Hay mucho en juego en estas malas pasadas.

Freud, sin embargo, no sólo trajo a nuestra atención estos momentos, o redescubrió el origen de nuestros pensamientos más nómadas. Inventó un método terapéutico que merca con malas pasadas. Y el objetivo de este método es que las personas puedan tener reflexiones desagradables sin sentir la necesidad de archivarlas y encerrarlas. La gente que Freud vio, sufría, a su parecer, no sólo por las insistentes formas heredadas de angustia a las que todos estamos sujetos, sino también por las formas en las que las clasifican, y el confinamiento producido por su estrechez mental. ¿Cómo nos imaginamos que son estas reflexiones desagradables, estos espejos poco favorecedores que nuestros pensamientos nos ofrecen? ¿Qué es lo que está siendo convertido en un cliché y criminalizado (archivado y encerrado)? ¿Y por qué hacemos o tendemos a hacer esto con los pensamientos que tenemos, pero con los que no podemos estar de acuerdo? Tietjens no estaba seguro de ser el padre de su hijo, y no estaba seguro de qué hacer con este horrible pensamiento. Así es que siguió hablando acerca de lo que se suponía estaba hablando. Freud dice que estos momentos de incertidumbre son como epifanías seculares, cuando nos vemos sacudidos por nuestros pensamientos, cuando, aun por un instante, hemos perdido el hilo —cuando, en suma, podemos soportar perder nuestra reputación de cordura— que comenzamos a recibir noticias. Pero para escuchar las noticias, tenemos que hacer lo que Tietjens jamás haría: contarle nuestras malas pasadas a otra persona; tenemos que dejarnos caer en los agujeros de la conversación cuando estos suceden.

En la conversación terapéutica que Freud inventó, llamada psicoanálisis, el así llamado paciente debe estar, para todo motivo práctico, hablando consigo mismo, pero en voz alta, en presencia de otra persona. Se lo persuade para que dé a conocer las interrupciones y disrupciones que ha heredado. Lo que solía llamarse autoexamen, autocuestionamiento, dudar de uno mismo, podía ahora denominarse vacilar o hacer un desliz freudiano. (No “tenemos” deslices freudianos: los “hacemos”.) Donde alguna vez, en beneficio del autoconocimiento o de la instrucción religiosa o del examen médico, se hacían preguntas sobre el yo, ahora, en el psicoanálisis, lo único que

se pedía al paciente era que debía, en la medida de lo posible, decir todo lo que se le ocurriera. Se lo exhortaba a hablar tan libremente como pudiera; como si se estuviera comunicando desde algún lugar que normalmente llamaba “sí mismo”. “El tratamiento comienza”, escribe Freud, cuando se le pide al paciente que asuma la posición de observador atento y desapasionado de sí mismo sólo para que lea continuamente la superficie de su conciencia y, por un lado, convierta la completa honestidad en deber y, por el otro, no se abstenga de comunicar ninguna idea, incluso si (1) siente que es demasiado desagradable, (2) juzga que es un sinsentido o (3) demasiado insignificante o (4) irrelevante para lo que se busca. Se ha encontrado constantemente que son justo las ideas que provocan estas últimas reacciones las que tienen particular valor en el descubrimiento del material olvidado.

Las preguntas son siempre una extraña especie de predicción. Y es notable que Freud, en el mismo contexto en el que se refiere al psicoanálisis como “como arte interpretativo”, menciona que —y esto es en sí mismo innovador— no se están haciendo preguntas. Es un asunto, como dice Freud, de leer las superficies, de suprimir nuestros criterios convencionales. Lo desagradable (palabra también usada por Ford), lo carente de sentido, lo trivial y lo irrelevante, deben ser todos ellos incluidos. De hecho, los pensamientos que suscitan epítetos, insiste Freud, “tienen particular valor en el descubrimiento del material olvidado”. Debemos dejar de lado todos los criterios morales y estéticos que usamos, como si aquello que nos enorgulleciera —nuestros juicios de lo que es apropiado y pertinente, nuestros estándares estéticos, nuestra elección del Bien— fueran meras coartadas. A Freud le interesa lo que excluimos con nuestras inclusiones. Él y sus pacientes están fascinados por la estética de la memoria, y, por tanto, por las elecciones hechas en cada momento del discurso.

Lo único que hay que hacer, propone Freud, es sugerirle al paciente que hable con la mayor libertad posible y luego atender a las dificultades que él, como todos, enfrentará en la narración de sí mismo. No necesitamos ser interrumpidos por preguntas (ni por información acreditada), dice Freud, porque nos interrumpiremos a nosotros mismos a la primera oportunidad; pues hay algo insoportable en lo que tenemos que decir. Y esto, como todos sabemos, o como todos ahora sabemos que Freud sabe, se llama sexualidad: sexualidad o lo que Freud, de manera más interesante, denomina “el material olvidado”. La memoria, asevera Freud, es del deseo; aquello que constantemente necesitamos olvidar es la sexualidad, lo que Lacán llama el “imposible conocimiento de la sexualidad”. El sexo, dice Freud, es infinita-

mente olvidable. De hecho, hablamos tanto de él precisamente porque lo hemos olvidado. Lo prohibido no es algo sobre lo que se puede platicar. Si, en su origen, nuestra sexualidad es incestuosa —si el objeto del deseo es por definición prohibido— todos vamos a estar ansiosos todo el tiempo. Si lo que buscamos es lo que no debemos encontrar, nuestro sentido de dirección está desviado; la entrega, la pasión, la autenticidad, la integridad, empiezan a percibirse diferentes si tenemos tan radical aversión a aquello que deseamos de manera tan radical. La ironía es la religión de quienes tienen una mente incestuosa.

Freud —y no estaba solo en esto— pensaba que la sexualidad se había vuelto traumática para las personas modernas: no es sólo que algunas personas hayan sido traumatizadas sexualmente durante la infancia —y muchos de sus pacientes lo habían sido—, sino que hay algo intrínsecamente traumático en la sexualidad. Se piensa que las personas son decadentes cuando lo prohibido se vuelve imposible; y la imposibilidad de tener una vida erótica satisfactoria era lo que Freud percibía en la forma de síntomas (los síntomas del paciente son su vida sexual, como comentó Freud). Que una vida sexual normal fuera una vida sexual perturbadora fue la conclusión paradójica de Freud. No es fácil archivar y encerrar, en los términos de Ford, lo que pensamos son nuestras inclinaciones sexuales. Hay malas pasadas en cada resquicio de nuestra vida erótica. Gozar de una reputación de cordura tiene sus pros y sus contras. Todo esto para decir que la serie de conferencias *Mente maestra* (Master-Mind) no es el espacio más adecuado para Freud.¹ Me pregunté cómo podría adecuar a Freud al formato establecido, siendo que una mente maestra es otra de las cosas que nunca más será lo mismo después del psicoanálisis. Pero fue de ayuda recibir una carta de la Academia para confirmar que el título de mi conferencia sería “¿Freud?”. Sólo esta conferencia, al parecer, tendría una interrogación después del nombre de la mente maestra, como si hubiera una duda sobre Freud que indicaba que su inclusión en este panteón era incierta. La carta, de hecho, decía lo siguiente: ‘¿Podría amablemente confirmar que el título de su conferencia es “Freud”?’ El signo de interrogación² cuestionaban el título, no

¹ Adam Phillips habló sobre Freud en octubre de 2002 en la serie *Master Mind* de la British Academy. La conferencia fue anunciada públicamente como “¿Freud?”

² En inglés sólo se usa el signo de interrogación al final de la pregunta, en este caso venía después de la palabra “Freud” (N. de la E.).

formaba parte de él. Siguiendo el ejemplo de Freud —o más bien, de mi interpretación fallida, como la describiría Freud— quiero ahora proseguir con mi error.

Deseo mantener a Freud entre signos de interrogación y mostrar de qué manera es esencial para el psicoanálisis que él inventó que siempre haya (y deba haber) algo cuestionable con respecto a Freud, y al “arte interpretativo” y ciencia llamada psicoanálisis. La muerte infinitamente anunciada, la fraudulencia y refutación del psicoanálisis, no es sólo deporte de los intolerantes. Cuando de todo corazón se se está de acuerdo con el psicoanálisis no se lo está tomando en serio, porque comprender el psicoanálisis requiere de una constante resistencia a él. Aceptar el psicoanálisis, creer en el psicoanálisis, significa no comprenderlo. Un psicoanalista francés, en alguna ocasión, me dijo que el judaísmo es la única religión en la que no se permite creer en Dios. De igual manera, como quien dice, no se puede creer en el inconsciente, no se puede creer en la sexualidad como la describe Freud. Creer en el incesto no es como creer en Dios. La resistencia es la única forma que puede tomar el reconocimiento (no hay tal cosa como un amor libre). Aun esto no es del todo correcto, porque la noción de resistencia implica que podría haber aceptación. El psicoanálisis es, entre otras cosas, una redescipción de la pregunta, ¿qué significa que nos aceptemos a nosotros mismos y a los otros? De acuerdo con Freud, ineludiblemente sentimos aversión hacia nosotros mismos (y otros) porque nuestro deseo es fundamentalmente transgresor. Si lo que queremos es lo que no debemos tener, estaremos, para ponerlo de la manera más suave posible, divididos en contra de nosotros mismos. Si lo que alguna vez quisimos fue vivir una vida buena o ser redimidos por la gracia de Dios, lo que ahora queremos es, según Freud, un objeto que por definición está prohibido. Y esto hace que nuestra relación con nuestro así llamado “yo sea”, en el mejor de los casos, irónica, y en el peor, horrorizada. La gente suele ser irónica sólo con respecto a aquello por lo que no sienten ironía. Entonces, ¿cuál sería una vida buena para animales incestuosos como nosotros? ¿Cuáles serían los valores, cuáles las aspiraciones morales de una criatura cuyo deseo, cuya fuerza vital es totalmente transgresora, para quien existen los tabúes a manera de un continuo recordatorio de sus necesidades más intratables?

Freud tenía un don para describir la imposibilidad de nuestras vidas. Lo que creó magistralmente fue una historia acerca de cómo y por qué no somos maestros de lo que hemos aprendido a llamar nuestras mentes. De hecho, al privilegiar el obstáculo por encima del camino abierto, lo que no se

puede rehacer sobre lo que tiene que hacerse, al ver el drama en la interrupción, la atención liberada en el lapso de la atención, Freud nos animaba a valorar nuestra incompetencia, a asombrarnos y no desanimarnos por el persistente error en nuestro comportamiento. Quiere contarnos la historia exitosa del fracaso. El genio de Freud fue el de describir exactamente cómo y por qué es bueno y necesario —bueno por ser necesario— para nosotros, vivir en conflicto con nosotros mismos y con otros y, si así estuviésemos dispuestos, vivir en conflicto con Freud. Si el psicoanálisis es el tipo de sentido común que el sentido común no quiere reconocer, si admite los reconocimientos involucrados en el rechazo, Freud es alguien con quien nos sentimos incómodos. El entusiasmo es una cosa maravillosa, pero debemos cuidarnos de los entusiastas del psicoanálisis. Admirar a Freud puede ser parte del problema que él plantea, más que parte de la solución. Y el problema es: ¿cómo hemos llegado a creer que admirar a las personas es una forma de autocuración?

Adorno alguna vez comentó que en el psicoanálisis sólo las exageraciones son verdaderas. A Freud le interesaban los usos de la exageración, las maneras en que una cultura que obliga a las personas a disimular algunas de sus emociones hace que se manifiesten. Un desliz freudiano exagera la diferencia entre la intención y su resultado. “En las personas normales” escribe Freud en *La psicopatología de la vida cotidiana*,

los sentimientos e impulsos egoístas, celosos y hostiles, sobre los que la presión de las enseñanzas morales tiene mucho peso, con frecuencia hacen uso de los deslices para encontrar alguna forma de expresar sus fuerzas, fuerzas que están innegablemente presentes, pero que no son reconocidas por las altas autoridades de nuestras mentes. Permitir que ocurran estos deslices y actos fortuitos refleja... una tolerancia útil de la amoralidad. Corrientes sexuales de diversos tipos figuran prominentemente entre estas emociones suprimidas.

En opinión de Freud somos, aunque no sea intencionalmente, los creadores activos de nuestros deslices. Un desliz es, en este sentido, una oportunidad o un género o un medio lingüístico. En otras palabras, tenemos que ser los artistas de nuestra amoralidad, pero también tenemos que ser pragmáticos. “Usamos” los deslices como si fueran una de las herramientas que nos llevan de A a B, a realizar un proyecto, a conseguir algo que deseamos. Freud sugiere que el mundo interior también tiene sus altas e intimidantes autoridades —la mente también es una sociedad— que, dice él, no van a reconocer ciertas emociones. Pero si podemos usar estos deslices, estos mensajes secretos, entonces puede haber lo que Freud llama una “tolerancia útil de la amoralidad”. Y estos momentos de extravagancia lingüística ejecutan

esta amoralidad, no sólo la toleran. Lo que alguna vez fue conocido como malos modales, falta de autodisciplina o hasta una equivocación, ahora es considerado por Freud como una herramienta “útil” y un momento de creatividad artística, una manera de “expresar” emociones poderosas. ¿Cómo maneja el individuo moderno los deseos sexuales inaceptables, los sentimientos egoístas, celosos y hostiles? Comete lo que necesita llamar errores, dice Freud, para que lo amoral encuentre la expresión que busca. Así es que para responder a mi pregunta anterior —¿cuál sería una vida buena para animales incestuosos como nosotros?—, una vida buena sería aquella en la que los errores son buscados por una persona dotada de una retórica capaz de desacreditar su significación. Somos el tipo de animal capaz de decir: “sólo bromeaba”, “no lo dije en serio”.

Freud no está exactamente satirizando nuestra hipocresía: nos está animando a ser conocedores de la coartada. Para él, nuestras vidas literalmente dependen de la estética de la duplicidad. Si no somos los artistas de nuestro propio placer, no habrá placer (ni arte). Donde existía la autoridad moral de la sátira, la posición superior de la burla, ahora puede haber una explicación más franca, aparentemente científica de las necesidades de la búsqueda del placer y de las dificultades necesarias de la búsqueda del placer. Después de Freud, ser consistente es algo de lo que podrían acusarlo a uno.

Pero, ¿por qué, según Freud, necesita expresarse lo amoral? ¿Por qué ha reemplazado el lenguaje de la fuerza de voluntad y el autocontrol con el lenguaje de la creatividad pragmática? ¿Por qué no podemos comportarnos en vez de expresarnos o comportarnos al expresarnos? La respuesta de Freud es que vivimos en un continuo estado de tentación. A pesar de que nos encanta la seguridad y la autopreservación, algo en nosotros parece preferir algo más (el arte más interesante nunca es sobre la seguridad sino sobre lo que la amenaza). Darwin dice que queremos preservarnos para reproducir nuestros genes; Freud dice que hay algo, que él quiere llamar sexualidad, que siempre amenaza con destruirnos. Nuestra sexualidad nos pone en peligro —pone en peligro nuestro concepto de nosotros mismos, nuestro ego— porque es transgresora. Somos, desde la perspectiva de Freud, un continuo peligro para nosotros mismos. Así es que cuando le dice a Wilhelm Fliess en 1897 que está “a punto de descubrir la fuente de la moralidad” y habla de su “oleada de especulaciones” es porque el interés en lo prohibido, en lo inaceptable, es por definición trabajo especulativo. “Se me ha ocurrido sólo una idea de valor general,” escribe:

He descubierto el amor por la madre y los celos por el padre en mi propio caso también, y ahora creo que es un fenómeno general de la temprana infancia... Si este es el caso, el poder fascinante de *Edipo Rey*, a pesar de todas las objeciones racionales al destino inexorable que presupone la historia, se vuelve inteligible... el mito griego retoma una compulsión que todo el mundo reconoce, porque ha sentido sus huellas en sí mismo. Cada miembro del público en algún momento fue en la fantasía un Edipo en ciernes, y esta realización del sueño en la realidad hace que todo el mundo se estremezca de horror, con la dosis completa de represión que separa su estado infantil de su estado presente.

Aquí y ahora no podemos establecer la verdad o falsedad del complejo de Edipo. Pero hay que conceder que el tema del incesto no suele provocar indiferencia. La interpretación que hace Freud de la obra, y su posible significación, no es tan notable como su deseo de explicar el horror que se le tiene a la sexualidad. En su gran ensayo "¿Es el recto una tumba?", Leo Bersani comentó que el gran secreto acerca del sexo es que a la mayor parte de la gente no le gusta. El gran secreto acerca del sexo no es exactamente que a la mayoría de la gente no le gusta, sino que a la mayoría de la gente no le gusta porque están con personas que no las excitan realmente o con personas que las excitan demasiado (motivo por el cual la mayoría de las relaciones terminan ya sea en el aburrimiento o en los celos patológicos). Y si están con personas que no las excitan lo suficiente, Freud diría que es porque están aterrados de su propio deseo. Como Edipos en ciernes, su deseo es incestuoso o no es nada. El verdadero deseo es siempre un recordatorio de algo a la vez aplastante y prohibido. Cuando se trata de la elección de la pareja sexual, más vale no arriesgar. O, cuando se trata de la sexualidad, lo que Freud llama "estremecimiento de horror" es la señal del deseo. Esto, se podría decir, va en contra de los supuestos del sentido común sobre la búsqueda de placer. ¿No se supondría que el placer tendría cuando menos que ser un placer? ¿Si el sexo es ese proyecto darwiniano, por qué nos ocasiona tantos problemas? Freud nos muestra cómo es que, si no estamos en problemas, no estamos teniendo sexo.

La insípida instancia de este estremecimiento de horror es el desliz freudiano en el que nosotros y/o nuestro público nos estremecemos sorprendidos ante lo que se ha dicho involuntariamente. Sea lo que sea este horror, Freud está describiéndose a sí mismo y a sus pacientes, entre otros, como víctimas de él. Nos pone en conflicto con nosotros mismos, pero en términos seculares. Es todavía un mundo de deseos prohibidos, pero un mundo ilustrado en el que se reconoce que las altas autoridades, las que se encargan de las prohibiciones, son de origen humano, no divino.

Para Freud, al elaborar su propia mitología —y su obra, como sugiere Harold Bloom, debe leerse como más afín a los *Libros proféticos* de Blake que a los *Principios de psicología* de James— la pregunta es: ¿más altas que qué son las altas autoridades en una sociedad secular? O, más bien, ¿qué es lo que requiere este tipo de distancia para que se le crea, y de qué es de lo que se considera distanciado? La respuesta de Freud es que los padres, y el padre en particular, son las altas autoridades para el niño. Pero, más sorprendentemente aún, aquello de lo que necesitamos distanciarnos, y sobre lo que necesitamos crear la ilusión de dominio, es de nuestra propia infancia; o, más bien, de lo que Freud llama la sexualidad infantil, que vive en el adulto como deseo inconsciente. El inconsciente, la palabra de Freud para el deseo perdurable, pródigo y extravagante de la infancia, es el escollo. El mero acto de describir lo que es al mismo tiempo irresistible y a lo que uno más se resiste —sea que exista o no— es un acto de heroísmo lingüístico.

En el deseo de Freud por describir cómo funciona lo que él llama el inconsciente se hace sentir su pretensión acerca de nosotros. Nuestro deseo, sugiere, es siempre una obra inacabada, sin fin y sin terminar; así es que, por la misma razón, también lo es su explicación del inconsciente. Y si buscas una imagen del tipo de cosa que hace el inconsciente, el tipo de cosas que hacemos inconscientemente, entonces piensa en un sueño, dice Freud, o en un chiste o en un desliz; o en algo de lo que patentemente sufres, como una fobia o una inhibición o un pensamiento intruso (como el que sufre Tietjens). Freud ha creado una categoría inusual, quizá sin precedentes: una categoría que conecta el sueño, el chiste, el desliz, el síntoma, el titubeo. Es una categoría de actuaciones inconscientemente inspiradas, en la cual la identidad del actor es dudosa, y en la que la actuación es considerada como un comunicado, por muy enigmático que pueda ser, dirigido a las partes interesadas. El insólito comunicado es una alusión, una referencia al pasado, a los deseos de la infancia. Para Freud, la infancia es lo prohibido, y la memoria es, en el mejor de los casos, un placer que provoca culpa. No hay nada más transgresor que hablar sobre la propia infancia, excepto recrearla en la vida adulta. No es, en otras palabras, que Freud haya destruido la inocencia de la infancia: nos mostró que la idea de la inocencia se inventó para destruir la verdad de la infancia. Consideramos a Edipo como un héroe trágico porque es el hombre más común y corriente del mundo.

Edipo, por supuesto, no había visto la obra. Lo vive todo por primera vez, como lo hicimos nosotros de niños. Y para cuando llegamos a ver, leer, o hasta saber de la obra de teatro, es ya demasiado tarde. Ya estamos conde-

nados por nuestro destino. El psicoanálisis —que como tratamiento llega siempre demasiado tarde— no cura a las personas, sino que les muestra lo que de sí mismos es incurable. O más bien, les muestra las áreas de sus vidas en las que “cura” sería la palabra equivocada, en las que debemos inventar algo que hacer en lugar de curarnos. Y una cosa que sí podemos hacer, sugiere, es rastrear el inconsciente en nuestras vidas. Podemos, sugiere en algunos momentos, aprender a disfrutar de nuestra involuntariedad. Nada hay más entretenido —más desalentador, divertido y horripilante— que las maneras en las que fallan nuestras intenciones y atenciones. Nada más conmovedor y absurdo que nuestros vanos y sinceros intentos por no causar estragos. Freud quiere que reconsideremos aquello de nosotros mismos que estamos tan tentados a ignorar. Nos invita a ser indiscriminadamente atentos y luego ver qué pasa. Porque el problema de la gente moderna es que continuamente le pasan cosas con las que no sabe cómo lidiar. Sin un sentido del pecado, no sabe cómo entender las cosas que le incomodan.

Hay un momento desagradable, quizá freudiano en el *El idiota*, cuando se le ocurre algo al príncipe Myshkin mientras deambula por las calles de San Petersburgo:

De vez en cuando, empezaba a inspeccionar a los transeúntes con gran curiosidad; pero por lo general no advertía ni a los transeúntes, ni adonde se dirigía. Se encontraba atormentadamente tenso e incómodo, y al mismo tiempo sentía una extraordinaria necesidad de soledad. Quería estar a solas y entregarse a la tensión del sufrimiento completa y pasivamente, sin buscar una salida. Se sentía reacio a resolver las preguntas que le inundaban el alma y el corazón. “¿Qué, entonces, soy el culpable de todo?” murmuró para sí mismo, casi inconsciente de sus palabras.

El príncipe oscila entre la vigilancia y el ensimismamiento, al mismo tiempo aferrándose a la realidad exterior —observando a los transeúntes— y perdido en sus propios pensamientos y emociones (tratar de “resolver las preguntas que le inundaban el alma y el corazón” habría significado distraerse de esas preguntas). De pronto se encuentra prácticamente hablando consigo mismo. En un sentido ese todo del que se siente momentáneamente responsable es el destino de Rogozhin y Nastasya Filippovna, pero incluye también todo el sufrimiento y la confusión presentes en el mundo de los que él se cree, como se dice a sí mismo, culpable. No es raro que las personas de pronto sientan responsabilidad por lo terrible de las cosas. Y es consolador, por supuesto, creer que alguien es culpable, que en algún lugar hay un agente responsable. Pero el príncipe Myshkin se murmura esto a sí mismo, “casi sin darse cuenta de sus palabras”. Uno puede estar consciente de sus propias palabras, parece decir el narrador: ¿pero qué significa estar consciente de las propias palabras?

Estar casi sin darse cuenta de las propias palabras es una buena descripción de lo que es relatar un sueño. Todas las palabras que uno usa tienen, probablemente, referentes conocidos y, sin embargo, lo que uno está relatando no tiene sentido. No sólo eso: estamos describiendo algo que hemos visto, pero no con nuestros ojos. Hablar y estar casi sin darse cuenta de las propias palabras suena más como un estado de trance, como si en ese momento el príncipe, a manera de un soñador, fuera el médium más que el instigador de lo que tiene que decir. Está pasmado, como decimos, porque no se reconoce a sí mismo del todo en esa oración. “Algo”, escribe el narrador, “ciertamente lo perseguía”. En este desconocimiento de sí mismo, según Freud, es cuando el yo aparece como más real. En la mitología de Freud, el inconsciente es la fuente ficticia de noticias; es de donde provienen las sorpresas, las sorpresas cuyo estatus moral es siempre ambiguo. Los pensamientos y sentimientos que provienen de la parte inconsciente del yo tienen consecuencias no determinadas. Son la materia de los sueños, no de las rutinas.

¿Por qué describió Dostoyevski al príncipe murmurándose a sí mismo esa oración, en vez de presentarla simplemente como un pensamiento que le cruza por la mente? ¿Y por qué describió Ford el pensamiento repentino de Tietjens como que “era prácticamente como si hubiera estado hablando consigo mismo”? Lo que ambas ocasiones buscan resaltar —y la razón por la que los describo como momentos freudianos— es la diferencia entre algo que le ocurre a alguien, alguien que tiene un pensamiento terrorífico, y el que lo exprese, aunque se lo diga a sí mismo. La invención de Freud del psicoanálisis como terapia —o como un nuevo tipo de conversación— gira en torno a esta diferencia. En efecto, invitó a sus pacientes a que se hablaran a sí mismos, pero en voz alta, en su presencia, a estar casi sin darse cuenta de sus palabras —es decir, a asociar libremente, a hablar sin vigilar críticamente cualquier cosa que casualmente les pasara por la cabeza—. No hay nada más defensivo, dice Freud, que comprender lo que uno está diciendo. En suma, el psicoanálisis se basa en la idea de que hablar es diferente a pensar: pero también en que sorprenderse o inquietarse a uno mismo en presencia de otra persona es valioso y, de hecho, que estos sobresaltos productivos son posibles precisamente por la presencia de otra persona. El objetivo, el proyecto de lo inaceptable en uno mismo, es que se haga visible. Lo prohibido, lo transgresor, es siempre una anunciación. Es una exigencia hecha a cuando menos una persona más. Freud inventó un entorno terapéutico, llamado psicoanálisis, en el cual este yo pudiera ser escuchado. El

experimento fue lo que resultó de ese escuchar. A diferencia de la confesión, el psicoanálisis ofrece, en el mejor de los casos, una redescrición esencialmente impredecible de lo que se ha dicho.

El psicoanalista, la nueva figura inventada por Freud, es una persona con una forma de conversar inusual. Responde a lo que sus así llamados pacientes le dicen, de forma distinta que cualquier otra persona. Y esto se debe a que tiene dos objetivos que están más en conflicto entre sí de lo que Freud quiso reconocer. Por un lado, busca curar, aliviar el sufrimiento, ayudar a que valga la pena vivir. Por el otro, busca lo que técnicamente se conoce como “simbolización máxima”. En otras palabras, quiere responder únicamente de forma que facilite la expresión del deseo inconsciente. Quiere “dejar que el inconsciente hable”: modificar las defensas que la persona tiene contra lo que tiene que decir y lo que tiene que escucharse diciendo. La pregunta es —y se trata, por supuesto, de una pregunta política— ¿el discurso más libre, la articulación más franca posible de lo que se quiere, le da a las personas una vida que prefieren o hace un mundo mejor? Al inventar el psicoanálisis, Freud inventó un laboratorio para evaluar los efectos del libre discurso y del libre escuchar. Y quizá no deba sorprender que no a toda la gente le guste o le haya gustado la idea. La gente sólo quiere hablar libremente de lo que no debe hablar.

En opinión de Freud, la pregunta que parece hacerse el individuo moderno es si puede lograr que su deseo sea compatible con su supervivencia (psíquica). Para Freud, hablar es articular los deseos, dejarse saber lo que está ausente, lo significativo que hace falta en la vida propia. Y la actuación del deseo —en el estado de ánimo, en el lenguaje, en la acción— pone en peligro la propia vida. Existe el peligro del castigo por desear lo prohibido, lo que Freud llama la castración; y existe el peligro de reconocer la dependencia, y la posibilidad de la pérdida. Uno no puede vivir, uno no puede haber sobrevivido sin desear, y sin haber logrado cierto éxito en ello. Pero el deseo que es nuestra historia de vida nos introduce al conflicto interminable: nos involucra ineludiblemente con otros y con nosotros mismos. “Originalmente”, escribe Freud en *El malestar en la cultura*, “la renuncia al instinto fue resultado del temor a una autoridad externa: uno renunciaba a sus satisfacciones para no perder su amor”. Existe la urgencia, la emergencia del deseo instintivo, y existe el temor de perder el amor como pasión dominante. Una persona comienza, nos dice Freud, con el temor de perder el amor de sus padres; y después, tras interiorizar su autoridad, acaba por temer (y buscar) la pérdida de su amor por sí mismo. Y este odio a sí, que puede ser

obsceno en su voracidad, se llama culpa. No podemos evitar ser dañados por lo que inevitablemente queremos. Contamos con la moralidad para protegernos de nosotros mismos.

Pero Freud redefine las categorías. "Bueno" ahora significa seguro y satisfecho, o satisfecho de forma suficientemente segura; "malo" significa privado sin medida de las propias necesidades. "Bueno" significa, como siempre, deseado, pero ahora "deseado" también significa prohibido. Lo que es bueno va en contra de la ley. "Malo" ahora significa traumático, pero "trauma" es otra manera de referirse a la vivencia de una vida. Para Freud, en otras palabras, estamos en estado de shock: nuestra infancia es más de lo que nuestro desarrollo puede soportar. Todos estamos recuperándonos de haber sido niños.

Al rastrear, en su trabajo clínico, las maneras en las que las viejas soluciones de la infancia se convirtieron en repeticiones de la edad adulta, la repetición entendida como rechazo a recordar, y con la memoria llena de escondites, quedó sorprendido por el curioso hecho de que el sufrimiento puede ser transformado cuando las palabras se aplican sobre las heridas. Hablar con otra persona puede ser un acto lleno de esperanza. La labor de la persona moderna, tal como la ve Freud, es encontrar nuevas maneras de desear que mantengan vivo el deseo, pero a sabiendas de que desear es una especie de riesgo. Lo que se conoció, después de Freud, como teoría psicoanalítica, es una enciclopedia de riesgos modernos. Y el deseo es usualmente la palabra contemporánea para el riesgo no tomado: la vida no vivida que parece ser la única vida que vale la pena vivir. La gente no ha querido ver que el principio de realidad fue la idea más emocionante de Freud.

De modo que Freud nos deja con una pregunta fundamental: ¿qué es una vida buena para animales incestuosos como nosotros, personas que no deben obtener lo que realmente quieren, personas cuyo cargado amor por sus padres ha convertido al amor en una pasión fútil? Parece decir que debemos comenzar por ironizar acerca de las maestrías de la mente. No debemos escondernos para resguardarnos. Debemos aprender a desear con astucia y sin esperanza; a amar en conflicto en vez de traicionar nuestro deseo con fantasías de armonía. Debemos, en suma, tomar nuestros placeres donde podamos. Y hablar lo mejor que podamos sobre lo que queremos ●